desaforadas. Su lectura, no siempre orientadora para los no iniciados en la problemática china, ha de emprenderse con cautela a fin de distinguir entre los hechos tal y como son en realidad, y la interpretación particular, sugerente y debatible que de los mismos se ofrece.

HUMBERTO GARZA ELIZONDO
El Colegio de México

A. DORFMAN y A. MATTELART, *Para leer al Pato Donald, comunicación de masa y colonialismo*, 2ª ed., Buenos Aires, Siglo XXI Argentina Editores, S. A., 1972, 160 pp.

Los autores de este controvertido libro chileno, tuvieron un doble propósito. Por una parte, el objetivo científico de estudiar rigurosamente un ejemplo de la cultura de masas de los Estados Unidos muy presente en nuestros países latinoamericanos, mediante el análisis de contenido de las historietas cómicas de Walt Disney. El otro objetivo —de orden político y de gran importancia en el contexto chileno actual— es el de mostrar la necesidad de realizar un cambio superestructural a la par de la transformación de las relaciones sociales de producción preconizada por el gobierno de la Unidad Popular. De no ser así, los autores arguyen, la existencia de las formas culturales burguesas en una sociedad que se ha propuesto el tránsito pacífico hacia el socialismo, les permitirá “consolidarse hasta el punto de neutralizar —cuando no de liquidar— las nuevas estructuras conquistadas”.

Dorfman y Mattelart parten del supuesto básico de que en la literatura infantil se encuentran en toda su nitidez las utopías y fantasías del mundo adulto. Quizás porque esta literatura está encubierta de un velo de aparente ingenuidad, las representaciones colectivas y los conflictos del mundo adulto —y en nuestro caso, burgués— aparecen con aterradora claridad. El mundo creado por Walt Disney es un ejemplo perfecto. En el análisis de noventa historietas de este género aparecidas en Chile a lo largo del año de 1971, los autores se encuentran una serie de situaciones y personajes recurrentes que pintan con gran exactitud los aspectos esenciales de la cultura burguesa contemporánea.

Lo primero que salta a la vista en las historias de Disney es la peculiaridad de las relaciones familiares de sus personajes. Existe una ausencia total de progenitores. Las familias se definen por relaciones avunculares y entre machos y hembras no se dan más que los noviazgos eternos. Por añadidura, estas relaciones son verticales y autoritarias. Los mayores tienen un dominio absoluto e indiscutido sobre los pequeños, y lo mismo se repite entre los miembros de sexo diferente. El resultado es la falta de cariño y solidaridad entre todos. Nadie ama a nadie; la relación usual es de carácter utilitario y la única expresión afectiva que aparece de vez en cuando, es la caridad. Las implicaciones de esto no aparecen inmediatamente, pero la interpretación que hacen los autores es interesante: el mundo familiar es estático, no hay cambio posible porque nadie crece ni modifica su estado. “El mundo de Disney es un orfanato del siglo XIX. Pero no hay afuera: los huérfanos no tienen dónde huir.” Son incapaces de rebelarse, y por otra parte, como no crecen, nunca saldrán del orfanato por vía de la evolución biológica personal.

Los simpáticos y adorables animales antropomórficos de estas historietas están siempre a la caza de aventura. Su vida en Patolandia es fácil pues nin-

guno de ellos trabaja, pero no es agradable. La vida urbana es catastrófica y enajenante. Uno se pierde en la ciudad. Todos ansian el retorno a la naturaleza, ya esté representada por la vida en la granja de la Abuela Pata o preferentemente, por la vida en lugares exóticos y lejanos. Las aventuras del segundo orden son las más frecuentes y la trama es siempre igual. Nuestros amigos, hastiados de Patolandia se embarcan hacia lugares lejanos y misteriosos (v.gr. la república de *Cuco Roco* en África, el reino de *Inca-Blinca* en Perú, *Azteclano* en México, el archipiélago de *Frigi-Frigi* en el Pacífico, *Esfingelandia* en Egipto e *Inestablestán* en Indochina) en busca de fortuna, ya sea oro o fama. Allí se encuentran invariablemente con que los habitantes de estos lugares necesitan con urgencia su ayuda. Las situaciones varían un poco según el tipo de lugar de que se trate, pero básicamente siempre se presenta un problema que requiere de la superioridad cultural y tecnológica de los patolandeses para resolverse. El desenlace siempre es positivo para todos. Los "buenos salvajes" quedan satisfechos y nuestros amigos son ampliamente recompensados con las riquezas —generalmente minerales— del país. ¿Qué significa esto en última instancia? Los habitantes de estos lugares no tienen la facultad de resolver sus propios asuntos, pues viven en un mundo hermético, del cual no pueden salir. El progreso viene de afuera, pero es propiedad exclusiva de los extranjeros, es su magia. Cuando éstos parten de regreso, todo queda igual, no ha habido cambio fundamental alguno en estos pueblos.

Esta banalización constante del mundo subdesarrollado es característica de las historias de Disney y sus implicaciones son graves. La única relación posible entre este mundo y Patolandia —que representa a la civilización— es la relación típicamente colonialista, y como todo es estático en Disney, nunca se presenta la posibilidad de cambio: la relación será eterna.

La interpretación de Dorfman y Matterlart va más lejos. Señalan que todo esto significa presentar una visión ahistórica de la realidad, posición totalmente acorde con la ideología burguesa que concibe a su etapa en la historia como la más perfecta y acabada. Por otra parte, Disney nos presenta un mundo inmaterial en el que sus personajes carecen de necesidades. Tampoco está presente en su vida el proceso de producción económica, ni tampoco las contradicciones sociales que ésta engendra. En suma, se nos presenta el *American dream of life*, "el modo en que los Estados Unidos se sueña a sí mismo. se redime, el modo en que la metrópoli nos exige que nos representemos nuestra propia realidad, para su propia salvación".

En mi opinión, el libro es interesante y el estudio que los autores emprenden en él, valioso. Cumplen cabalmente su cometido político al mostrarnos con precisión que, tras el mundo aparentemente inocente que nos descubren estas historietas de amplísima circulación, se encuentra una siniestra interpretación de la realidad que nos devela los mecanismos específicos por los cuales la ideología burguesa de los Estados Unidos se reproduce en los países latinoamericanos. Sin embargo, creo que el cumplimiento del objetivo científico se queda corto. En primer lugar, parten del supuesto de que la penetración de estos mensajes en la mente de su público infantil es absoluta. Habría que examinar más cuidadosamente este supuesto, especialmente a la luz de las teorías contemporáneas y desgraciadamente norteamericanas (¿burguesas?) del "paso doble de la comunicación". Además, tachar a Walt Disney de "mistificador de la realidad" porque en sus historias soslaya el hecho de que sus personajes son producto de las relaciones capitalistas de producción y no mostrar el fundamento económico injusto de este tipo de sociedad, es, a mi

manera de ver, injusto. Es importante criticar lo que *efectivamente dice* Disney, pero criticarlo por lo que *no dice* está fuera de lugar en un estudio que pretende ser científico. Tomar una posición así en este tipo de análisis, significaría hacer extensiva la crítica a una gran parte de la producción cultural de Occidente, desde Shakespeare, los impresionistas, el surrealismo y James Joyce.

MARICLAIRE ACOSTA
El Colegio de México

MAURICE COUVE DE MURVILLE, *Une Politique Etrangère, 1958-1969*. París, Librairie Plon, 1971, 499 pp.

El libro de Maurice Couve de Murville más que una memoria intenta ser un testimonio de su época, que en materia de política exterior parte de las postrimerías de la Guerra Fría hasta los primeros síntomas del descongelamiento y de la cooperación entre los bloques antes rivales. El relato es frío y a veces impersonal, aunque no por ello esté desprovisto de la subjetividad propia de los escritos de esta naturaleza y del enfoque que guía la percepción del autor. La introducción de la obra nos pone sobre aviso, en ella no encontramos divergencia alguna entre Charles de Gaulle y su Ministro de Relaciones Exteriores, "...a lo largo de todo este período estuve asociado a la obra emprendida por Charles de Gaulle", de ahí su permanencia en el ministerio durante casi diez años (junio de 1958 a mayo de 1969), regularidad que denota una casi sorprendente identidad de objetivos y concepciones entre los dos personajes.

La intención del autor es "explicar la inspiración y los motivos" de la acción renovadora que emprendió la 5ª República en materia de política exterior, someter a la opinión pública la justificación de la acción externa del gobierno degaullista. En este punto tal vez resulte pertinente recordar la importancia que el propio general de Gaulle atribuía a la opinión pública como fuente de legitimidad política.

A pesar de que Couve de Murville intentó que su libro diera un tratamiento equilibrado a las diferentes regiones que intervinieron en el marco de desarrollo de las relaciones de su país durante este período, no logra disminuir en cada caso el papel preponderante que a este respecto desempeñaba la política norteamericana. Ya sea que se trate de la Unión Soviética, de Europa o del mundo en general, la lucha que Francia emprendía por recuperar su independencia en el escenario internacional y desempeñar el papel de una gran potencia, siempre tuvo que someterse al prisma que le imponía el omnipresente aliado norteamericano.

En el primer capítulo el autor plantea los principales problemas a que se enfrentaba Francia en la vida internacional en 1958, a la llegada del general de Gaulle al poder. De todo ello lo fundamental puede resumirse en el deseo de Francia de compartir con Estados Unidos las responsabilidades mundiales que le atribuía a este último el liderazgo del "mundo occidental". Esta ambición no involucraba un viraje esencial con respecto a las opciones políticas del régimen anterior. El mismo autor señala que era necesario asegurar la continuidad del Estado y que la acción exterior de Francia demandaba libertad e independencia, que "sólo podían asegurar el estilo y la eficacia".